

"Muy Temprano para Santiago"

Novela de Juan-Agustín Palazuelos, Ed. Zig-Zag, Stgo.

CADA trozo de este libro está bien escrito. Pero el conjunto no está armado. O está armado de un modo tal, que no se hace accesible al lector.

Cuesta mucho leerlo.

Se nota que hay amigos, amigas, gente que celebrarán alguna complicidad que no llega al lector.

Es como una tela perfecta. Uno va a comprar, pongamos por caso, un vestón. Nos presentan una magnífica tela, de la cual cada milímetro cuadrado está bien urdido. Sí, pero no es un vestón; es una tela bien hecha, sin forma ni estructura, que podría alargarse hasta el infinito, siempre monótonamente perfecta. Esta novela, semejante al discurso de un español que puede hablar sin detenerse jamás, podría haberse alargado muchísimo más allá de sus doscientas y tantas páginas y no tener final: seguir hablando.

dos en la conciencia, que no distinga entre el ayer y el hoy. Y, también, algo como un querer mostrar no ya a los personajes diferenciados, si no como formando parte de un mismo monstruo colectivo, como si cada cual fuese un poco los otros, confundidos en un mismo destino que los ha juntado más o menos arbitrariamente, más, más que menos.

Sí, eso hemos encontrado. ¡Pero con qué dificultad! Pues el autor se encarga de poner todos los obstáculos posibles para la comprensión fácil. Es como si quisiera decir: "sí yo no entiendo nada de su vida ni de mi destino ni de mis decisiones, bueno, que tampoco entiendan nada los lectores." ¿Será éste el hilo conductor de la obra?

Como lectores, pues, nos sentimos ofendidos de que se nos haga trabajar y meditar tanto para llegar a las conclusiones relativamen-

nificativos" que cita Palazuelos son muchos. Anotemos algunos: Nicanor Parra, Alejandro Sleveking, Sarmiento, Alberdi, Mitre, Perón, Ibáñez, Pedro el Grande, Shakespeare, Ionesco, Labiche, Modigliani, Bach, Purcell, el marqués de Sade, el budismo Zen, Goyo Animátégui, Cástor y Pólux, Lucho Oyarzún, Linneo, Theillard de Chardin, Carlomagno, Stanislawsky... ¡Para qué seguir! ¡Qué diferencia con las grandes obras literarias con el fluir de la sencillez grandiosa de las parábolas de Cristo o de las películas de Chaplin!

3º) La grosería. En esto, sigue también la moda; pero, Palazuelos puede jactarse de haber hecho una innovación: las groserías o expresiones burdas no sólo las pone en boca de los personajes, sino también las profiere el narrador, lo que nos parece una novedad sin ningún interés.

4º) Las reflexiones. Muchas reflexiones, demasiadas reflexiones, algunas o todas muy inteligentes, pero excesivas en número y dentro de una ambivalencia insolucionable.

5º) En el fondo —y quizás esto no sea un quinto punto, sino una reflexión aparte o una síntesis— una sensación espantosa en torno de no se sabe qué. Esta situación exige mucho del lector sin darle nada.

6º) Clave. Sólo en la antepenúltima página se dice qué era lo que le había pasado a Isabel (de la cual se ha hablado en todas las páginas precedentes). El argumento no viene desde el principio hacia el lector; sólo se muestran las reacciones de los demás ante el hecho que había ocurrido 240 páginas antes y que sólo conocían los protagonistas —¡unos 30 más o menos, y casi todos iguales!— amalgamados, engrudados los unos con los otros, reflexionando o sintiendo ante un hecho que el autor comete la grosería de no dar a conocer a sus lectores. Y en clave: clave harto clara al final porque el autor da a conocer el suicidio de una muchacha, que todos leímos en los diarios, y a la cual algunos conocimos.

Novela escrita de atrás para adelante, sólo puede interesar a lectores de atrás para adelante. Si Palazuelos hubiera partido del final, nos habría ahorrado muchas páginas y quizás habría dado al lector una imagen representativa de su mundo (lo que parece ser, al fin y al cabo, el objeto de la novela).

7º) Literaturitis: es tan monstruosa esta enfermedad, que ella puede verse en la forma en que el autor firma. Se llama Juan Agustín. Entre Juan y Agustín, interpone un guión que no tiene significación y se firma: Juan-Agustín. El hombre que tanta necesidad tiene de escribir y tanto anhela literaturizar, no pudiendo hacer nada literario con su propio nombre, le dibuja un guión. ¿Para qué? ¡El libro está destinado al lector!

Creemos formalmente que Juan-Agustín Palazuelos no hará accesible al lector lo que quiere darle, porque le exige demasiado: entender los cambios de tiempos; ser erudito; aceptar las groserías; ser capaz de seguir todas sus reflexiones; etc...

Nos parece una obra bien frustrada hecha por un literato perfecto.

Juan Tejeda



Quien la lea con afán crítico sufrirá muchísimo, porque tendrá que seguir adelante y tratará de explicarse a dónde va la intención del autor.

El papel más importante del comentarista literario no es el de juzgar. A veces se yerra mucho. Y, en último término, ¿qué derecho tiene uno a erigirse en juez de una materia tan líquida como es una novela? Precisamente por acercarnos a las obras de arte con el criterio ya formado de lo que "debe ser" una novela, muchas veces no apreciamos lo nuevo. Casi todo lo grande y muy diferente de los modelos preestablecidos en el arte, contó en su oportunidad con esta incapacidad del quehacer crítico: sus valores se reconocieron después.

Desearios de no caer en esa limitación —la falta de ojo, la más grave a nuestros entender— la leímos con la mayor atención que nos fue posible y dejamos pasar algunos meses antes de atrevernos a decir que, realmente, no hemos encontrado nada.

Pero no tanto, no tan en absoluto.

Porque a través de la manera de desenvolverse de Palazuelos, se palpa algo, algo no muy definido aún, algo como un instinto de mostrar cierta simultaneidad de los recuer-

te sencillas que ya hemos anotado.

Describiremos algunos de esos obstáculos:

1º) Los tiempos. Siguiendo la moda, Palazuelos vuelve atrás, pasa de una época a otra, uniendo vicencias antiguas con otras más recientes, todo en un tono de misterio innecesario. Uno no sabe a veces dónde se está, ni en qué época del autor. La habilidad para entretener diversos tiempos siguiendo más bien una lógica del sentimiento, aparece trocada aquí por algo que parece pura arbitrariedad, lo que no hace accesible por tanto la obra. Todo ello impide coger el hilo de los acontecimientos.

No hay suspenso.

El suspenso se nos figura como el arte del suspiro de alivio; por ejemplo: el protagonista es perseguido, va siendo rodeado y, al fin, se salva, con lo cual se produce en el lector el suspiro de alivio. No creemos que el suspenso sea otra cosa. Aquí, repetimos, no hay suspenso. Ni siquiera esa curiosidad que forma parte del suspenso, porque todo lo que pasa en la novela (o se comenta como pasado) podría seguir cualquier otro rumbo; no se ve el hilo conductor.

2º) La pedantería. Grave obstáculo, porque exige al lector ser casi un erudito. Los nombres "sig-